

su grandeza, tan digno albergue de sus hijos muertos, como la capital de Francia es digno albergue de sus hijos vivos.

¡Qué cementerio tan venerado y querido aparece éste del Père Lachaise! ¡Cuán sentida resulta su visita, cuán grata la melancolía de que baña el espíritu, y qué fuente de emociones variadas y puras es para todos los que debemos á la Naturaleza el haber nacido hijos de esa raza latina, tan glorificada por sus incalculables conquistas tras del perfeccionamiento humano!

Yo admito que el viajero abandone la ciudad del Sena sin haber asistido á las representaciones de sus fastuosos teatros, ni discurrido por sus grandiosos monumentos, ni orado en sus afamadas iglesias, ni saboreado sus irresistibles placeres..., sí, yo admito esto, porque comprendo que el médico venga á esta moderna Cos y la deje sin haber pisado antes, sombrero en mano y espíritu conmovido de santo fervor profesional, el grandioso Hôtel-Dieu, regeneración espléndida del que tantos beneficios prestó á la Medicina clínica; como comprendo que el entusiasta militar abandone esta nueva Roma conquistadora

sin saludar la tumba marmórea de Napoleón, y que el sacerdote salga de esta Jerusalén sin haberse postrado de rodillas bajo las góticas naves de Nuestra Señora, y que el disipador se marche de esta Nínive sin curiosar los mil enervantes atractivos con que brinda al goce..., todo esto lo concibo; pero lo que no admito, comprendo ni disculpo sino como fruto de escéptico abandono, loco menosprecio, ó grande ignorancia, es que haya quien abandone París sin visitar la ciudad de los que fueron y sin que, recorriendo sus calles, perdiéndose entre sus sepulturas, tocando con la mano sus frías losas, y dirigiendo con ternura y avidez la mirada por las muchísimas inscripciones, alegorías y demás recuerdos que exhibe, no sienta golpear en el pecho los violentos latidos de su corazón, cual si pretendieran hacer vibrar con redoblantes esfuerzos las osamentas y cenizas de tanto cuerpo memorable como allí existe; porque allí parece que se levanta un eco de toda la vida de los modernos tiempos, de la vida política, literaria, científica, comercial, industrial, religiosa...; y de todas las aspiraciones y deseos, y de todos los afanes de nuestro

espíritu, y de cuanto sentimos y gozamos en los momentos más supremos de nuestra existencia, pero no con modo tempestuoso y apasionado, como en la ruda batalla de las tribulaciones positivas, sino como un efluvio etéreo, puro, suavizado por el desvanecimiento, entre brumas de poética melancolía, cual recuerdo de algún sueño producido por mágico vapor que exhalaran los restos de aquellos mártires y genios que expresaron con la luz radiante de los elegidos, ó con el implacable dolor de los predestinados, esas mismas energías de nuestra existencia, así individual como social, consideradas en el transcurso de una fase histórica por tantos motivos indeleble, como es la fase del siglo XIX.

Indelebles recuerdos guardo de solemnes impresiones sentidas en otros cementerios; pero confieso que ninguna de ellas puede compararse con la que me produce el Père Lachaise, siempre que le visito; y es porque, aun estando bien emplazado, puesto que domina desde considerable altura la inmensa ciudad que le alimenta con sus despojos, no conmueve sólo por lo espléndido y magnífico de su posición, cual sucede en el cementerio

inglés de Málaga y el elevado de Florencia; porque, aun teniendo miríadas de ricas tumbas, sarcófagos y panteones de cuantos órdenes, estilos y gustos podamos concebir, no maravilla sólo por la riqueza arquitectónica, que le convierte en ciudad de mármoles y sillares labrados, como sucede en el riquísimo de Nápoles; porque, aun teniendo miles de esculturas, bustos, bajo-relieves y demás alegorías, no impresiona sólo por su riqueza estatuaria, ni por el valor artístico de sus inspiradas representaciones, como sucede con el cementerio de Génova; porque, siendo de relativa antigüedad, no absorbe el pensamiento con su significación histórica y el encanto de sus legendarias ruinas y sepulturas, como hace el de Pisa; y porque siendo, en fin, de colosales proporciones, hermosas vías, regulares sus calles secundarias, alegres y bien cuidados sus jardines, monumentales sus plazas, y de múltiples religiones sus anejos, logre tomar el aspecto de una verdadera necrópolis, ciudad sacrosanta de muertos, no, porque si todo esto salta á la vista y también sucede, es únicamente como vestidura que realza la impresión de tanto nombre conoci-

do que al punto viene á resucitar en nuestra meditación mil historias sublimes.

¡Qué riqueza tan inefable la suya bajo este aspecto! ¿Qué pesadilla de nuestra vocación, de nuestras enseñanzas ó de nuestro destino no encontrará aquí figura que nos mueva al culto? Si gime el visitante contrariada pasión amorosa, seguro es que le conmovirá el sepulcro gótico de Abelardo y Eloísa, de cuya verja cuelgan numerosas coronas puestas allí por los corazones que sufren, y sirven sus pilares de registro á infinitos nombres que enamoradas parejas han dejado grabados, como si demandaran el amparo de los infelices amantes, ó les atestiguasen su veneración; si es admirador de la Oratoria y de los hombres de Estado, allí están los restos de Casimiro Perier, Pozzo de Borgo, aquel antagonista de Napoleón I, Thiers, Maret, el general Foy, Garnier Pages y otros no menos conocidos; si es un apasionado de la Música, tropezarán sus ojos con los nombres de Cherubini, Chopin, Auber, Rossini, Wilhelm, Pleyel, Bizet, y verá la tumba donde estuvo Bellini antes de ser transportado á Catani, su pueblo natal; si lo es del Arte militar, por

doquiera encontrará recuerdos de afamados generales, como Lavallette, Ney, Sidney, Macdonald, Smith, el vencedor de Bonaparte en Saint-Jean d'Acre...; si artista, saludará las tumbas de Duret, Pradier, Delacroix, David, Visconti y muchísimos más; si literato, se descubrirá ante las cenizas de Eugenio Scribe, Balzac, Beaumarchais, Picard, Souvestre, Lafontaine el fabulista, las del poeta alemán Bœrne, y de los poetas nacionales Molière, Delille, Musset, etc., etc.; si hombre de Ciencia, allí tiene las tumbas del astrónomo Arago, del naturalista Geoffroy Saint-Hilaire, del arqueólogo Champollion, del geómetra Laplace, de la aeronauta Mad. Blanchard, que pereció en una ascensión; si médico, la de Gall, el genio más fenomenal y raro del siglo XIX, á quien se deben los primeros ensayos de una Psicología fisiológica; Nélaton y Dupuytren, inmortales cirujanos, Bernard, el fisiólogo más afamado de mediados del mismo siglo, Segalas, Larrey, Chaussier, Marchal de Calvi...; si banquero, allá están los ricos panteones de Rothschild, Aguado... y otros célebres Cresos; si actor, los de Talma, Rachel, María Royer, Desclée; si idólatra de la célebre Re-

volución francesa, allá están las cenizas de Sieyes, Girardin...; si espíritu benéfico, allí los afamados bienhechores marqués de Argensteuil, Mad. Fould...; si jugador es, allí el célebre Blanc; si demócrata amante del cuarto estado, allí Raspail... ¡Ah, sí, qué fibra podrá vibrar en el corazón que no encuentre allí su idolatría!...

¡Y qué elocuentes enseñanzas suscitan, en estos sarcófagos, sus detalles de ornamentación, y los destinados á evocar el recuerdo de aquellas figuras cuyas cenizas guardan! El panteón de Raspail, representando un calabozo sobre el cual se reclina la esposa idolatrada que murió con el dolor de su prisión, está materialmente cubierto de ricas coronas que depositaron sobre el marmóreo suelo mil Asociaciones populares y librepensadoras; mientras á su derecha hay un modesto monumento, que representa una losa tumbal, con una pilastra, y sobre ella un busto, en cuya base hay grabada la inscripción de 28 localizaciones cerebrales: es la tumba de Gall, abandonada y sin una flor; ¡sólo una planta de ortigas crecía á sus pies!... Allá, para una cortesana desconocida, se ha levantado costo-

sísimo y gigantesco panteón, mientras que á su lado algún Bécquer reposa bajo una lápida sencilla, que, reclinada sobre un trozo de cornisa, invita á leer las siguientes palabras: «¡Vivió, sufrió y murió!...»

Nélaton tiene su mausoleo en forma de capilla, coronada por un frontón de medio punto, en donde aparece de relieve el busto del eminente cirujano de Napoleón III, dentro de una corona de laurel y costeadado de palmas. Ostenta con sequedad espartana su glorioso apellido: NÉLATON.

En una altura, al lado izquierdo de hermosa calle, una elevada y severa pirámide encierra los despojos del que no fué menos glorioso cirujano, el gran Dupuytren; y así pude observar las tumbas, menos suntuosas, de Segalas, Chaussier, Marchal de Calvi, Bernard...

En la de Larrey se leen las siguientes frases: «A LARREY, EL HOMBRE MÁS VIRTUOSO QUE YO HE CONOCIDO. — *Testamento de Napoleón.*»

Estuve paseando algunas horas por el cementerio, hasta que la necesidad me obligó á dejarle, con mucho desagrado de mi volun-

tad, y precisamente cuando caminaba por la altura donde se asienta la capilla, dominando la espléndida avenida principal. Entonces el Sol lanzaba sus rayos postreros, y alumbraba con triste luz aquella ciudad de sepulcros, cuyos límites escapaban á la vista, y las grandes construcciones próximas de la metrópoli, que arrojaban sobre el silencio de las tumbas el estrépito de su vida. ¡El cuadro que tenía delante era soberbio y conmovedor!...

Bajé lentamente el repecho, y poco antes de salir me detuve ante la hermosa tumba de Alfredo Musset, un sarcófago blanco, como la nieve, sobre el cual se veía un hermoso busto del tierno poeta y una lira con palmas; en letras de oro allí se expresa el siguiente delicadísimo deseo suyo:

*Mes chers amis, quand je mourrai  
Plantez un saule au cimetière.  
Sa paleur m'en est douce et chère  
Et son ombre sera légère  
A la terre où je dormirai (1).*

- 
- (1) He aquí una versión de Guillermo Belmonte:  
Plantad en mi tumba, amigos,  
Un sauce cuando yo muera;

Su deseo fué cumplido: un sauce recién plantado, pálido y tierno, como un niño atormentado por la tristeza, aparecía á su izquierda, y flores frescas y coronas de siemprevivas le rodeaban.

Me paré un rato á contemplar la piedra que guarda los restos del poeta de la juventud dorada, de quien Lamartine decía que le hubiera colocado en el Limbo, como á los niños, cuyas mismas debilidades forman su inocencia; genio poético que cantó la belleza sensual y el placer, las serenatas españolas y las aventuras de la pasión, y que con Byron, inglés, y Heine, alemán, formó una trilogía interesante y escéptica, que llenó la Poesía de la primera mitad de este siglo de amargas ironías y sarcásticas notas. Se cumplieron sus deseos: «Soy el poeta de la juventud — dijo —: debo morir joven, con la primavera. No quisiera vivir más años que vivieron Rafael, Mozart, Weber y la divina Malibran», y murió joven, herido del corazón, ese órga-

---

Me gustan sus ramas lánguidas  
Y su palidez intensa,  
Y será leve su sombra  
A la tierra donde duerma.

no donde parecen anidarse los sentimientos, y cuando la Naturaleza vestía los campos con las galas de la primavera, y perfumaba el ambiente con los mil aromas de las flores.

Yo no sé qué tienen las tumbas de estos trovadores del sentimiento, que impresionan con sus lamentaciones más que otras con sus estatuas bélicas, sus grandes elogios y sus esplendores de mil formas; parece como si en derredor de ellas zumbara alguna nota delicadísima que se fuera derecha al corazón del visitante. Por eso encuentran siempre manos delicadas que remueven sus flores marchitas y riegan sus plantas; y por eso yo también, lo menos poeta posible, salía del cementerio recordando los versos que el día anterior, visitando el cementerio Montmartre, había leído en la tumba del inolvidable Teófilo Gautier:

*L'oiseau s'en va, la feuille tombe,  
L'amour s'éteint, car c'est l'hiver;  
Petit oiseau, viens sur ma tombe  
Chanter quand l'arbre sera vert (I).*

---

(I) Huye el pájaro, cae la hoja, el amor se extingue. ¡Ay, es el invierno! ¡Pajarito, ven á cantar sobre mi tumba en la primavera!

## V

LA ACADEMIA DE MEDICINA Y LA BIBLIOTECA  
NACIONAL

París, 24 de Julio.

No quería resistirme al deseo de asistir á una de las sesiones públicas de la Academia de Medicina de París y aproveché la que, en cumplimiento de su deber reglamentario, celebró este distinguido Cuerpo en la tarde del 23.

Tiene su local de sesiones en la rue des Saints-Pères; el aspecto exterior, aunque modesto, es más digno que el de nuestra Real Academia; ocupa una planta baja, y ya desde la calle se entra directamente en una antesala, ó pórtico, que precede al salón de sesiones, bastante espaciosa, en donde se ven soberbias estatuas marmóreas de los barones Dergenettes y Larrey, en trajes militares, y preciosos bustos de numerosas celebridades médicas, entre ellas Broca, Demarquay, Huzard, Rostan, Pinel, Recamier, Portal, Beclard,

Segalas... Además, en las paredes hay unas lápidas de mármol con la lista de los bienhechores de la Academia.

Después de curiosear este pórtico y de revolverme entre numerosos grupos de profesores, académicos y no académicos que allí había, entré en el salón cuando comenzaba la sesión.

Aquél es una vasta sala cuadrangular, de aspecto verdaderamente curioso. Hay en su parte principal, á la cabecera, como un patio, sin duda cubierto de cristales, pues proyecta amplia luz zenital, y á los lados del salón, cinco columnas jónicas, siendo mayor el espacio que separa la primera de la segunda que el que separa entre sí las restantes. Tres magníficos cuadros sobre las cornisas del patio, con asuntos pertinentes de que no pude enterarme por la mala colocación que guardan con relación al público, y profusión de retratos de celebridades ya muertas, decoran majestuosamente la sala; en el lienzo postero, frente á la presidencia, hay otro cuadro de retratos, escuela holandesa, con la siguiente inscripción: *Sabios holandeses discutiendo sobre el descubrimiento de la Química.*

Los académicos ocupan una serie de pupitres y sitiales, cada cual el suyo, dispuestos en graderías; á los lados y delante de la mesa presidencial, una valla separa la última fila de académicos de las bancos destinados al público. El conjunto es agradable y digno aunque modesto, y más que nada cómodo para los académicos.

Pude contar cerca de sesenta concurrentes en los sitiales, casi todos sin duda académicos; había mucha animación, mucho profesor conocido en el mundo científico, y por las carteras que todos llevaban, las notas y cuadernos que removían, y el interés con que seguían los incidentes de la sesión, manifestaban claramente que daban á su representación y á sus deberes una importancia y cumplimiento muy distintos del que veo dan en otros países que conozco y me callo.

Durante la sesión se celebraron lo menos diez votaciones, sin que nadie abandonara por ello su puesto, ni la Academia dejara de seguir tratando el punto científico que la ocupaba; para ello, dos dependientes, provistos de una copa grande, recogían los votos, yendo de uno en otro académico, los depo-

sitaban en poder de los secretarios, y volvían á recorrer los mismos puestos para otra votación. De este modo, una serie larga de votaciones, que en nuestras Academias requerirían ocho ó diez horas, se hizo en una hora sin abandonar la discusión y sin desorden alguno.

Se trató en aquella sesión de la lectura, hecha por Fauvel, de un informe acerca del cólera: se discutió y aprobó, y luego pasó Verneuil á la tribuna de lectura (delante de la mesa presidencial) para comunicar observaciones clínicas.

\*  
\* \* \*

Aquella misma tarde, había pasado largo rato curioseando la Biblioteca Nacional, que, según autorizada afirmación, es la primera del Mundo, superior á la de Londres. Sin pasar más allá de este juicio comparativo, por falta de datos, me limitaré á decir que la impresión que se recoge al visitarla es de un extraordinario asombro. ¡Cuánto libro! Los armarios se tienden en apretadas filas por galerías interminables, donde corre la

vista á placer como por el callejón de una larga alameda; las paredes de grandes salones se ostentan revestidas de armarios, dispuestos á veces hasta en tres series superpuestas; el subsuelo ha sido convenientemente explotado, y al través de largo enrejado, que sirve de piso, la vista se abisma en galerías inferiores, donde también hay estanterías repletas de volúmenes; en fin, aquello es un almacén monstruoso, la realización de un sueño, golfo de volúmenes que se meten por todas partes y que llegan á producir, en quien tiene la curiosidad de recorrer sus muchos almacenes, como yo he procurado hacerlo y revisar algunos, una confusión, un desvanecimiento, un vahido, casi un deseo de salir á respirar el aire libre, como si todos aquellos incunables, códices, curiosidades y obras de mil géneros se vinieran encima gritando cada uno su contenido, y formando un coro infernal, una gritería de millones de inteligencias prensadas por el estudio y la meditación, y capaces de enloquecer á cualquiera.

¡Dos millones seiscientos mil volúmenes suman sólo los impresos que hay! El salón



opulentísimo de incunables corre pareja con la magnífica galería de sellos y manuscritos.

Entre los libros que M. Thierry, mi acompañante, tuvo la amabilidad de enseñarme, recuerdo un ejemplar de la primera Biblia políglota impresa en Alcalá de Henares, bajo las órdenes del Cardenal Jiménez de Cisneros; es una obra abultada en varios tomos, y el ejemplar procede de la biblioteca de Enrique II.

Con este motivo hablamos algo de obras españolas; mi interlocutor se lamentó de que tenían pocas. y no he ocultar la satisfacción que dió á mi pequeña vanidad de autorcillo cuando al decirle mi acompañante de siempre, el Dr. Bouland, cuál era mi apellido, nos aseguró que allí había alguna mía. ¡Qué diantre! Aquello, aun cuando fuera por demás natural y nada significativo, me sonrojó un poco; jamás se me ha ocurrido pensar que mis obras puedan correr muy lejos de mi calle, y me parecía un gran progreso ver alguna en París; poco más tarde, curioseando el índice, quiso el amable bibliotecario hacerme la fineza de enseñarme la tarjeta de registro y... *hélas!* ¡No era aquél mi nombre!

¡Era el de otro autor cuyo apellido se parecía al mío!

Me consoló de este disgusto ver que en el friso del inmenso salón grande de lectura lucía el busto de Cervantes, á la misma altura y en las mismas proporciones que el de los ingenios de otros países.

## VI

### EL LIBRO DE SERVET

París, 25 de Julio.

Todavía me he detenido un día más en París, para volver á la Biblioteca Nacional y gozar el gusto de ver y ojear un ejemplar del famoso libro de nuestro Miguel Servet, *Christianismi restitutio*, donde se consigna por vez primera el descubrimiento de la pequeña circulación de la sangre, ó cardio-pulmonar.

El ejemplar en cuestión pude examinarle, sólo con ayuda de recomendación eficaz, pasando yo de unos á otros empleados, y en

compañía y... vigilancia de un señor muy amable. El libro en cuestión es una alhaja que costó mucho á esta Biblioteca, y se guarda como preciada reliquia de Santo milagroso; sin embargo, el visitante puede contemplarlo en la riquísima galería Mazarini, en la antesala del gran salón de impresos y manuscritos, armarios del lado izquierdo, en el hueco de una ventana, donde está inventariado, si mal no recuerdo, con el número 639.

Pertenece á la primera edición, que costeó el autor: lleva al final del texto la fecha del año 1553, el año terrible de su muerte; la obra se empezó á imprimir el 29 de Septiembre de 1552 y se acabó en el 3 de Enero del siguiente año; la edición fué sólo de 800 ejemplares, que se quemaron el 17 de Junio por el verdugo de Viena con la efigie de Servet, á falta del original. No se tiene noticia de que existan más ejemplares que otro en Austria (1); el de París á todas luces ha sido

---

(1) Y que regaló al Emperador José II, en 1786, el Conde Samuel Peleki, de Pzech, quien fué recompensado con un espléndido diamante.

librado milagrosamente de la hoguera, porque conserva irrecusables testimonios de las caricias que le han hecho las llamas.

Efectivamente; tiene abrasadas muchas páginas de su primer tercio, y taladradas otras como con un hierro ardiendo, y presenta aún más singularidades, que aumentan prodigiosamente su valor histórico. Según todas las probabilidades, debe ser este ejemplar el que sirvió á Colladon, juez de Servet y cómplice de Calvino, para condenar á nuestro compatriota, pues en el libro hay autógrafos de Colladon, y hojeándole se encuentran á menudo notas, llamadas, acotaciones y líneas subrayadas, siempre correspondientes á los pasajes ó vocablos de valor teológico; al final del libro hay también un índice añadido en papel blanco, especificando los pasajes más comprometedores de la obra; ocupa tres páginas, y está escrito con una letra muy clara; le encabeza lo siguiente:

*«Eorum qui in impurissimo nocet opere continentur. Index.»*

He dicho que este ejemplar tiene una historia muy curiosa, y es verdad; aparte de las acotaciones dichas, y concretándome á sus

peripecias más recientes, diré que se encuentra ya á principios del siglo XVII en Cassel, capital de Hesse-Cassel, de donde desapareció en 1720; por lo cual en vano el Príncipe Francisco Eugenio de Saboya Carignan quiso verle á su paso por dicho punto.

Veinte años después aparece en la magnífica biblioteca del apasionado bibliófilo Richard Mead, quien se lo regaló á su amigo Claudio Gros, de Brosse, rico numismático parisiense, cuya biblioteca se vendió en París en el año 1753 y allí le compró el presidente de Cotte por 1.200 pesetas.

Después le adquirió en otra venta Luis Juan Gaignat; luego el Duque Lavallière por 3.810 libras, y vendida la biblioteca de este aristócrata, le adquirió la Francia, por disposición del ministro Breteuil, en 4.121 libras.

— Hoy — me decía M. Thierry, que me lo enseñaba —, de venderle, no se daría por 50.000 francos. ¡Cuánto dinero por un ejemplar de obra que llevó al suplicio á su autor!

El libro es un tomo en 8.º, con 730 páginas de clarísima impresión, y el siguiente título, por supuesto, en latín:

RESTAURACIÓN DEL CRISTIANISMO. —